



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año I | Número 1 | Agosto 2020

Pandemia: el rostro de un acontecimiento

Ezequiel Bramajo ¹

ezequiel_bramajo@live.com.ar

¹ Se graduó en filosofía y cursó estudios de posgrado en ciencias políticas y sociología. Ejerció la docencia universitaria en el área de Historia de la Filosofía y Filosofía Contemporánea. En 2017, publicó “Nietzsche y el Nihilismo. Ensayo de una transvaloración radical”. Fue prologuista del texto “Pensar después de la metafísica. Psicoanálisis, fenomenología, hermenéutica” y autor de varios artículos periodísticos.

Con rutinaria habitualidad un día cualquier nos fuimos a dormir. Despertamos y el mundo era otro. Se parecía más a ciudad Gótica, amenazada por un nuevo villano invisible y silencioso, que al que habíamos dejado horas antes. Para nuestra desgracia, no existe ninguno de los superhéroes que desde niños apaciguaban nuestros miedos creyendo que acudirían en nuestra defensa y salvarían el mundo de los ruines que pretendían dominarlo para satisfacer sus maléficos planes. Junto con el mundo conocido desapareció también la fantasía de una salvación mágica. Como diría Nietzsche, todo se volvió humano, demasiado humano. Tan humano que estremeció la faz de la tierra. ¿Y ahora quién podrá defendernos? Gritó el mundo evocando a un héroe indefenso y desorientado.



La llegada del COVID19 es un acontecimiento. No un evento, más o menos importante. Un acontecimiento en sentido estricto. Un derrumbamiento en la secuencia del devenir del mundo, tan radical, cuyos escombros dejan a la vista una no consideración esencial. En este caso la fragilidad o desnudez de la condición humana. Al mismo tiempo la voracidad insaciable por el dominio

y control de lo que no siempre puede ser dominado sin producir consecuencias indeseadas. El sueño moderno del dominio de la naturaleza muestra hoy un aspecto olvidado. Lo minúsculo y microscópico aterroriza poblaciones enteras, detiene por completo sus movimientos y economías y pone en jaque el voluminoso conjunto de conocimientos científicos acuñados desde los primeros tiempos de la civilización. En este sentido, estableció la discontinuidad de un despliegue que parecía imposible de ser interrumpido. El mundo se aquietó de un modo drástico y dramático. Las chimeneas de sus grandes centros industriales dejaron de funcionar para convertirse en páramos azotados por la desolación y el vacío, los epicentros financieros y las economías regionales se vieron críticamente afectadas y paralizadas por la falta de producción y demanda, se cerraron fronteras y el silencio y la perplejidad se instaló en todos los rincones del planeta.

A lo largo de la historia de la humanidad se han producido sendos acontecimientos. No necesitamos exigirle demasiado a la memoria. En ese aspecto, la historia contemporánea es un muestrario excepcional de quiebres y rupturas. No obstante, este acontecimiento tiene algunos rasgos particulares que lo hacen especial.

Su carácter planetario, virtual y sincrónico. Por primera vez en la historia fue posible observar el despliegue de una pandemia en tiempo real y a un tacto de distancia. Como si estuviésemos jugando un juego interactivo miramos desde un mullido sillón como este insensible bichito derriba fronteras y avanza indiscriminadamente sobre el globo terráqueo hasta tocar nuestra puerta. Pero no hay cerrojos ni dispositivos ni defensas que logren protegernos.

Como hombres buscamos insistentemente las instancias que nos permitan escapar de la insoportable incertidumbre. De la posibilidad de lo inexorable, finalmente, la muerte. Necesitamos la previsibilidad y el control. Lo incierto abre una dimensión nunca bien recibida: el miedo y la inseguridad. Más para los hijos de la era del control y donde, como diría Freud, la muerte es siempre percibida como ajena. Se trata del otro o los otros, en un ejercicio de alejamiento del “yo” al cual, sin embargo, le resulta imposible escapar de

la condición humana. De este modo, observamos a través de la ventana de nuestros hogares los aterradores giros de la vida creyendo que allí estaremos a salvo; que nada podría atravesar las puertas blindadas o las ventanas selladas para alcanzarnos. Y sobre esos lugares estables montamos nuestras vidas de modo tal que nos evite la tensión existencial de encontrarnos con lo desconocido. Pero lo desconocido, la incertidumbre y la muerte forman parte del mundo humano. Vivir significa estar en continuo riesgo. En este sentido, la pandemia nos puso ante el espejo de la posibilidad e inexorabilidad del riesgo, finalmente de la muerte. No ya de la del otro si no de la propia. Lo fatal, lo temido, lo siempre escondido debajo de la alfombra de lo otro, apareció de forma tan visible como angustiante. Y esta experiencia de lo fatal, lo sorpresivo, como molesto recuerdo de nuestra fragilidad, disparó la espontánea y clamorosa pregunta por el sentido, por la significatividad. El mundo construido, esa locomotora de vapor incesante que avanza sobre los rieles de acero en un flujo continuo, frenó por un instante. Se detuvo. Para dejar a la vista el rostro de lo que esconde el movimiento.

“El infierno son los otros” decía el célebre filósofo existencialista Jean-Paul Sartre en su obra de teatro “A puerta cerrada”. Expresión que buscaba significar como la mirada pesquisante del otro revela la distancia existente entre lo que se es y lo que se desea ser. Contrariamente a su sentido original, la expresión hoy adquiere un dramático significado literal. El otro se volvió un potencial de contagio, riesgo. Amenaza real. No psicológica, como sugería Sartre. El otro, “cualquiera”, es un posible portador del villano. Es el enemigo del cual debemos protegernos, al cual miramos de reojo en el espacio público esperando que respete las distancias indicadas por los protocolos de sanidad. Las manos que otrora construyeron lazos de amistad y confianza hoy se empuñan celosas ante un posible portador inocente. Será un desafío colectivo no lesionar la genética de la sociabilidad y la colaboración sobre la que se construye la verdadera humanidad. No obstante, el asunto sugiere un nivel de profundidad más esencial. El “otro”, no solo es otro, es ahora otro humanamente anónimo. Se halla identitariamente lejano. Su rostro está cubierto ¿Quién será? Enseñaba el filósofo Lévinas en *Totalidad e infinito* que “el rostro es la identidad misma de

un ser (humano). Allí se manifiesta en persona, sin conceptos. La presencia sensible de ese casto trozo de piel con la frente, la nariz, los ojos, la boca, no es un signo que permita remontarse a la realidad significada ni una máscara que esconda la realidad. La presencia sensible se desensibiliza aquí para dejar que aparezca directamente aquel que se refiere solamente a sí mismo, a aquel que es idéntico consigo mismo” El rostro oculto representa, según esto, la imposibilidad de acceder a la persona de forma directa. De alcanzarlo sin mediaciones. El sí mismo se esconde detrás de un barbijo. Y junto con el sí mismo lo otro. No hay otros. O mejor dicho, el otro en tanto otro está oculto. Es un anónimo al que eventualmente y dramáticamente se lo reconoce lejanamente humano.

La casa común -como llama al mundo la carta encíclica de Francisco- de repente se ha vuelto la casa de otro. No nos hospeda al modo acostumbrado. Se trasformó en un campo de batalla. Fue ocupada por un ejército de huéspedes extraños al cual no es posible percibir pero al que, sin lugar a dudas, le hemos abierto la puerta. Y ahora la casa exuda los despojos de la falta de cuidado y maltrato. La aldea global, sinónimo de cercanía, comunicación y “fraternidad”, de la noche a la mañana pasó a convertirse en una fortaleza que amuralla sus fronteras en busca de protección. Cada nación se encerró en su “cuarto”. Pero la casa se encontraba tomada por la indiferencia, disfrazada de virus, ante lo que requiere cuidado y atención. Como reflexiona el psicólogo Morelli en un mensaje circulado por WhatsApp. “el universo tiene su manera de devolver el equilibrio a las cosas según sus propias leyes, cuando éstas se ven alteradas”. El mundo, aquietado en su estallido incesante, despojado de identidades y acechado por la visibilidad de la muerte de pronto se convirtió en naturaleza. Sus calles aturcidas por el frenético ruido y la contaminación modificaron la escena como en una representación teatral y el espacio humano dejó de ser solo humano para ser recuperado por lo oculto y acosado. Miles de animales se lanzaron sobre los desiertos de cemento para celebrar la sinfónica orquesta del silencio y el aire limpio. Y entonces advertimos, quizás con tristeza y desazón, desfilar, como señores despojados de sus tierras, los pasajeros “clandestinos” de una barca que debería hospedarnos a todos.

Los acontecimientos interrumpen la historia, la rompen. Dejan a la vista lo no advertido. Pero son a la vez la oportunidad para pensarnos. Como individuos, como comunidades, como humanidad. Reconocer y recuperar lo olvidado. De nuestras manos y esfuerzos dependerá que lo real no siempre se transforme en virtual, reestablecer los lazos de vinculación y cercanía y, por último, de dejar en condiciones adecuadas la casa que deberán habitar nuestros herederos. Nada más y nada menos que nuestros hijos y nietos.